SUICIDE

A b c d e f
g h i j k l
m n o p q r
s t u v w
x y z

Al gun dí "Ah"

Al gun dí "Ah"

SUICIDE

A b c d e f
g h i j k l
m n o p q r
s t u v w
x y z

Gad Ortiz

El suicidio es un gesto, puede ir a continuación del conocimiento. El suicidio creo **existió** como cosa frecuente en todas las épocas. Tal vez los guerreros al introducirse en las cruzadas eran suicidas, suicidas que buscaban la muerte por un medio indirecto ya que por religión no podían ejecutarla por la propia mano. Lo notable es que resulta raro que el suicidio se produzca por hambre.

El hambriento más bien se mutila para pedir limosna.

Lo que origina el suicidio son las grandes vergüenzas, el sentido de la pérdida de la dignidad, el idealismo.

- Antonio Di Benedetto

Revólver en mano se fue hasta el baño a mirar el cuerpo que iba a inhabitar. Cuando vio su rostro recordó a su madre. En silencio amargo prorrumpió desdichas y sintió la falta que sería a los otros. Decrepita ante su intemperancia se limitó a morir sus años de recuerdos y allí la idea tomó completamente forma. Caminó hasta el living; él seguía acostado tan lánguido y frágil como cualquier miserable. Eva tentó a Adán; lo arrastró al pecado; pero Adán a cada momento persistió en el pecado olvidado de su inocencia. La culpa de la arbitrariedad transgrede por transparencias y la angustia ante la responsabilidad quema la psique de cualquiera que ostente fundamentar el modelo completo de su vida. Sintió un deber liberarlo a él; sabía que, a pesar de lo que dijera, él era más frágil ante la idea de abandonar la vida. Atrás el baño, se inclinó a su lado y, juro que no era así que ella lo había querido, pero cuando él la sintió abrió los ojos y recibió el tiro. El estridente sonido la turbó hasta la conmoción; casi soltó el alma mientras del cuerpo de su amado brotaba, ya sin conciencia, el plasma. Abrió la boca y se apuntó al remolino e invirtiendo el génesis los vecinos sintieron el segundo bang.

ortiz.gustavo.gabriel@gmail.com

Gad Ortiz

siendo otra del único ser que aún le significaba, ella precipitaba mil respuestas al insistente interrogante "¿Vale la pena vivir?". Terminaron durmiéndose ambos, la pierna de ella rozaba la espalda de él, sus cuerpos desnudos se unían a las cenizas y a los restos insignificantes que pueblan la dermis del suelo. Lejanos sonidos irrumpían en la trama de su último sueño; una bocina había sido para ella un timbre y al salir a abrir la puerta despertó. Lo vio a él: Una figura triste y desfalleciente hundiendo el pómulo contra el parquet. Esa indefensa precariedad biótica no le dejó concebir el ego que habitaba tal estuche y, en sólo cuestión de segundos, su mirada acarició el metal, haciendo del fin un proyecto realizable.

Por qué no habían elegido otro medio. Todo ya lo tenían hablado: "Las pastillas son falibles tal vez uno de los dos resista y viva tras un lavaje de estómago. Una soga es demasiado tiempo para arrepentirse y nadie merece el absurdo de patalear sin un medio líquido. Cortarse las venas es hacer demasiado honor a Galeano y la existencia trágica no tiene por qué devaluarse en la estética. Bañera y electricidad como mucho harían saltar la térmica y, si electrocutado pero vivo, se corre el peligro de vivir a asistencia; no todo el mundo es un Hawking. René Crevel es una posibilidad interesante, pero no da morir sin poder fumar. Inyectarse aire puede terminar en aneurisma. Lo mejor es el aturdimiento centesimal de un arma, estallarse la sien o el corazón y emanar el devenir en fluidos resolviéndonos de inercia. La gran explosión, el big bang, pero inverso, para devaluar aún más tremenda gratuidad."
Sí, ya lo tenían decidido pero ¿Qué sabe el miedo que se estima padrón de la longevidad? Demasiado había sido ya el miedo patrón de sus elecciones: Toda una vida tejida de los resquicios que caían de sus proyectos malogrados; ilusión desmoronada constante por no haber encontrado jamás posibilidad propia o correspondida. Así un viaje sólo de ida inauguraba el preámbulo de la inexistencia.

Al gun dí "Ah".

Se iban a juntar algún día; ceremonia violenta de perversos suicidas. Internados en un mono-ambiente para provocar bullicio. Ella aceptó al instante; sus negros pulmones no alimentarían otra vida. De él surgió la idea; ya había escupido en folios a mil potenciales hijos.

En ella la anorexia era el reflejo de su Elektra irresuelto. Vivía tal ambivalencia que su pulsión de muerte vivía por sí y la sexual: Cualquier sentimiento fuerte la ahogaba.

En él los paradigmas reinantes habían impulsado; tiranizantes de deber; una alienación crítica en el alma aunque conformista en el actuar.

Él de rodillas en el suelo izaba su melancólica, ondulante, agitada y desfalleciente bandera que jadeaba sobre sus vértebras mientras le lamía el cuello. Ella sacudía su pelvis con el secreto deseo de robar, a él, sus restos de autonomía, cercenarle la apercepción e instigarle a la renuncia completa de su ser en ella. Así profesándose un terminante repudio fecundáronse hasta caer exangües.

Luego miraron el techo hasta recobrarse, se encontraron sus ojos y él dijo:

-Es paradójico que aún te disfrute-

En ambos el placer fisiológico trocó en conmoción completa de conciencia en dolor.

Ella abismó su espíritu; su terrible quebranto era testaferro de que aún la habitaba. Él pensó en palabras; de ésta forma muerte y vida son igual de indignas.

Ella, con la cara apoyada en el pecho de él, abrió los ojos y observó el frío calibre que le devanaría. Decidió levantarse y peinar una rayuela de azúcar para despertarse. Él la siguió, abrió su cajetilla y fumaron en silencio post Snif blancuzco; para sentir bien su angustia.

Ella quebró el silencio prendiendo un cigarrillo con la colilla de otro:

-Boludo, tengo terrible miedo ¿Decís que no hay más algo que podamos?

Él sintió una explosión ígnea brotar por sus venas y tanto encolerizado como defraudado respondió:

-¿Vos sos pelotuda o te haces, qué querés que hagamos? ¿A quién querés imitar para fingir que disfrutas la vida? Trata de ser por una vez constante y termina de complacer a los demás. ¿Eso querés: Vivir enferma?-

Calló en bruto y fijo su vista con dolorida mirada al suelo. Sacudió su cabeza y cortante y esquivo prosiguió:

- ¡Andate si querés a extender tu miseria; yo termino la merca y disparo!-

Ella respondió compungida; de alguna forma las palabras de él le recordaban todos los hechos que los arrastraron a tomar esa decisión:

- El miedo algo sabe… - dijo ensimismada en su desolación.

¿Qué miseria había llevado su psiquis a tal determinación? ¿Cuánto le habían robado su tiempo los otros que no llegó escalar su cima? Creía férreamente; y ese era el total paraje de su desilusión; que la existencia era trágica. Veía a la familia como un objeto de dolor. No podía concebir sino con angustia su seno; albergaba una deuda que ya debiera habido emparejarse. Sus principales defectos eran consecuencia de esa trama absurda de afectos que le mataban el ego, una fila de por-qué-así-vos que le brindaban derecho sólo para ejercer poderes. "¿Cuánto hago mío para poder culpar a lo external?" así le lloraba el pecho en pavoroso desarraigo. Mil columnas de espanto le mordían las venas y toleraba la arada crepitación de su voluntad en consciente desquicio. ¡Hace tanto que ya no amaba! ¡Hace años sólo sufría!

"El miedo algo sabe" dijo. Seguramente pensaba en el filoso hálito material que tiende nuestro estar al mundo; esa polivalencia hermética que somos hacia las cosas, pensaba en el rígido muro de la longevidad amable, en el sueño de ser madre, en la avaricia de las causas que por directas niegan los múltiples, en la inocencia que asombra sólo si dispuesto, en la eternidad de un terrible supuesto: Ser es sentir-se. El ritmo ajeno no puede ser la referencia desde el vivir de un tal Einstein; tan humano como constante. Da Vinci exploró la plenitud de las manifestaciones y osó concebir creaciones: Deplorables murmullos del medio todos los que al ser no estamos. Desde Sileno la existencia es trágica, ya las moiras tejieron el destino. La pluralidad rampante explota al pendiente con el sólo fin de absorber su expectación pues, aunque tenue: Es fuerza el pensamiento. ¿Pero quién despierta a los sentidos cuando se acaban los tópicos? ¿Sí ésta situación es tan similar a otra anterior por qué me entristece actuar como si el mismo? ¿Es que acaso no sé utilizar todos mis humores? ¿Cuándo se supo de un cuerpo que volviera estúpido a su portador? ¿Cómo, si no la interpreto, podré culpar a la situación? En esos jaques de la conciencia rugía la desdicha de su puesto de peón, mientras se aferraba a la frágil inocencia etérea de conservar un alma.

Él jamás había hecho nada por sí, se permitió legar sus virtudes para aprender a sentirse vacío por calumniado. Supo cargar con pesos ajenos porque en sus rachas de gloria le gustaba mirar a quién sometía. Pero ese epicureísmo estrafalario le coartó el altruismo y la máscara se le cayó a pedazos: Dejó de ser bueno en los tratos, comenzó a sentirse distante fingiendo desprecio, auto-tornándose absurdo; tiempo después ya no tenía rumbo y ni de careta te mostraba un gesto. ¡Qué temprano para hacerse débil! Le gritó su adolescencia y aborreció de impaciencia a su intolerable quietismo. Buscó abstraerse en la música logrando sólo ser buen oyente. Trató de dar lugar a otro pero odiaba sentirse hilos, volverse marioneta. Y hasta había sido un gesto vaticinador de gloria conocer a ésta flaca, pero los días sobre todo pasan, el idilio es corto: No funciona a palanca. El estoicismo férreo dónde estancó su cólera perdía sin embargo su potencia en la grieta imperceptible de su unirse a ella. De alguna forma ella lograba su cometido cada vez que se revolcaban: Transpolar su a-percepción. Impacientes de presente se gastaban a pulsiones de entrega: La corriente es el movimiento de los electrones libres y dónde mayor libertad que en nuevos circuitos. Pero ese círculo estrecho en algún momento rebalsa y la continuidad vuelve falsa la más cierta menudencia. Así dos que antes compañeros se descubren ahora testigos ¿Quién cambió y por qué? ¿Cómo las permitía antes si ahora ante reiteraciones se irrita? En él también la familia era un sepulcro de ausencias que abría por aromas mil recuerdos imposibles de evitar: Se sabe que el olfato da un sentir profundo, al fin y al cabo, la vida se trata de respirar.

Las penas singulares de nuestros personajes se fundían en esta pasta de emociones mientras sobre la ratona el arma incitaba a su abrumadora soberbia a trasuntar sus existencias. Varias líneas surcaban en humo el vórtice del aire y nuestros noctámbulos languidecían el alborear del día, primero sorbiendo estupefacientes y luego tapando las ventanas con mantas. La oscuridad reinó su exterioridad pues ese era el tono de su introspección.

Sus ojeras fijas le invitaban al último recodo de su posibilidad; él pensó en besarla pero negó su cinismo y se aprontó a tomar el arma. Ella pensó en convencerlo de cambiar de opinión pero no era ella la que escribía desenlaces. Apenas él tomó el arma se arrodilló y lloró en posición fetal escondiendo su rostro. Ella se acercó para abrazarlo y cubrirlo; más por instinto fraternal que por compasión; pero él al sentirla la empujó contra una silla y así, tirada sobre el piso,